

Argentina

Cuando yo estaba haciendo la mili, a principios de los años 80, descargué en la cocina de mi cuartel algunas canales de vaca congelada sellada en la Argentina varias décadas antes, quizá como parte del acuerdo por el que a partir de 1947 aquel país vendió al nuestro a créditos bajísimos el trigo, las legumbres y la carne que, saltándose el boicot internacional, llegaban a los puertos españoles para sustentar las depauperadas despensas de un país destrozado por la guerra. El régimen franquista, en agradecimiento, nominó a muchas calles de ciudades españolas con el nombre de República Argentina y Eva Perón fue recibida en España con la máxima pompa que se podía en un lugar donde tras estallar la pompa todo volvía a ser hambre y miseria. Argentina era, todavía entonces, no sólo uno de los países más ricos del mundo, sino más admirados, porque a su espectacular desarrollo económico había sabido acompañar el no menos espectacular desarrollo social y cultural de sus habitantes.

Antonio Muñoz Molina, en su libro *Ardor Guerrero*, que cuenta su vida en la mili, dice que mataba el tedio del cuartel aprendiéndose de memoria poemas de Borges, ese gran escritor argentino. Curiosamente, yo hice la mili en los mismos años que Muñoz Molina, y mientras él memorizaba poemas, yo descargaba canales de reses argentinas y evocaba narraciones del mismo Borges, o de Bioy Casares, o de Sábato, o de Cortázar, escritores de corte europeo y cosmopolita, como la misma Argentina. Quizá por eso, Argentina ha sido siempre para mí el lugar del alimento físico y espiritual, tierra de carne y de narradores, esa madre nutricia que abastece por igual de leche que de sabiduría.

Hace unos pocos días, sin embargo, he visto en la televisión los cuerpos esqueléticos de unos niños argentinos literalmente muertos de hambre, y no hace mucho veíamos a una horda de hambrientos asaltar un camión cargado con unas cuantas cabezas de ganado, descuartizarlas allí mismo y repartírselas con la salvaje determinación de las fieras. Porque me duele y porque resulta incomprensible que un país de ciudadanos cultos y capaz de dar de comer a 300 millones de personas se encuentre en esa desesperada situación, llevo meses leyendo los artículos sobre

Argentina que caen en mis manos, especialmente aquéllos de opinión que tratan de explicar el origen de la crisis. Las sucesivas dictaduras que ha debido soportar el país; el caudillismo populista de Perón -cuyo apellido sigue, 28 años después de su muerte, dando nombre al principal movimiento político del país-, que encumbró a Evita (actriz de profesión), su segunda esposa, como líder espiritual del Justicialismo y propició que su tercera esposa, María Estela Martínez (que era bailarina), fuera Vicepresidenta de la República siendo él Presidente y, con la viudez, Presidenta; el rencor de los perdedores en las elecciones; el peso de la deuda externa, que es tanto como decir la mala aplicación de los créditos; la incultura política adquirida por el pueblo después de años de dictaduras y populismos y el sectarismo político son algunos de los motivos que, conjugados de una forma o de otra, dan los expertos como causa de la desgraciada situación actual.

Pero la explicación última, que está en boca de todos, la ha resumido Ernesto Sábato con una contundencia matemática, refiriéndose a varias generaciones de políticos y altos funcionarios: “Robaron más de lo que el país producía”. Si era así, ¿por qué lo permitía la sociedad? La respuesta da miedo: puede que robar de la cosa pública haya sido una aspiración generalizada, el mayor incentivo del ciudadano de a pie para entrar en el entorno de la Política.

Juan Bosco Castilla